

blima la antigua hospitalidad y la eterna y compasiva dulzura de la mujer!

Al pasar Barac por cerca de la tienda, de Joel, ésta le llama, y mostrándole el yerto cadáver de Sisara, le dice: «He ahí el hombre que buscas.»

*
* *

La profecía de Débora se había cumplido. Sisara á manos de una mujer había muerto. Solo faltaba cantar esta victoria y la moralidad de esta fazaña *joelesca*, y Débora, templando el arpa, la gaita, la vihuela, el tamboril, ó lo que fuere, acompañada de Barac, canta un cántico por todo lo alto. Yo, que respeto mucho la poesía, como no entiendo el hebreo ni puedo apreciar la rima, ni se conserva, que sepa, la música, paso este cántico por alto, que siempre con los poetas se debe ser indulgente, máxime cuando, como aquí sucede, el autor se viste por la cabeza.

*
* *

Sin embargo, quiero, lector, que sepas que Débora, invocando á los principales de su pueblo para que la oigan, dice: «Vosotros, los que calbagáis en asnas blancas, los que presidís en juicio...» lo que me da una pobrisima idea de los presidentes de los juzgados hebreos de aquel tiempo. ¡Oh! ¡Y que no hay diferencia de ellos á los oidores de nuestras chancillerías! El más ramplón de nuestros escribanos de actuaciones, cuanto más un señor juez, seguro estoy que no se presentaría hoy en las Salesas montado en burra blanca, ni parda. Y si aun yendo en coche nos parecen poco perfectos, y anda la justicia reformándose perpétuamente, ¿no es cosa de desternillarse de risa ante las pretensiones judáicas de que estos montadores de asnas blancas eran los elegidos y los iluminados de la divinidad? ¡Justos cielos! Samgar el de la aguijada; Joel, la

del mazo y la estaca; Barac, el que no se atreve á buscar á Sisara sin que le acompañe una mujer, los elegidos: y Gladstone por protestante; Bismark, por idem; Rotschild, por judío; Mehemet-Ali, por mahometano, carne achicharrable en el infierno. Vamos: lo dicho. Esto es el paroxismo de la chifladura.

XXXI

Pasó Débora con su cántico, pasó Barac con su cobardía, pasó Joel con su estaca, que todo pasa en este mundo. Los israelitas, después de cuarenta años de respiro, tornaron á *hacer lo malo en ojos de Jehová*, y este buen señor, que tantas les había pasado y perdonado, en castigo de que á *sus ojos* hicieran lo malo, que infiero yo no debía ser muy bueno, no contando con un artículo 22 en su ley provincial, como el egregio conde de Toreno, en vez de castigarlos con las consabidas multas de 500 pesetas, los entrega por un setenado en manos de los madianitas.

Los apuros y sufrimientos anteriores parecíanles ahora tortas y pan pintado. Los madianitas les buscaban las cosquillas por todas partes: robos de ganados, asolamientos de ciudades, incendios de cosechas, talas de frutales, muertes, violaciones, atropellos, escarnios, cuanto, en fin, han discurredo unos hombres para dañar á otros hombres, lo practicaban los madianitas, con consentimiento de Jehová para martirizar á Israel.

Alzase universal clamor entre los elegidos pidiendo gracia, y Jehová envía primero un profeta, después un ángel, y por último baja él mismo en persona á anunciar lo que se debe hacer para salir de aquel atroz conflicto. Y advierte, lector, que digo profeta, ángel de Jehová, y Jehová en persona, porque de estos tres personajes habla el texto. Lo que pasaría en el cielo durante la ausencia de Jehová, no lo sé. De su estancia en la tierra hay detalles preciosísimos.

Jehová, hecho una especie de peregrino, con su bordón en la mano, aparece sentado debajo de un alcornoque, en Ofra, y mirando aechar trigo á un buen mozo israelita llamado Gedeón, hijo de Joas Abiezerita.

De pronto Jehová, encantado sin duda del aire de Gedeón al zarandear la criba, le dice: *Jehová es contigo, varón esforzado.*

Gedeón, con un tantico de discreta sorna, contesta: *¡Ah, señor mío! Si Jehová es con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto? ¿Y dónde están todas sus maravillas que nuestros padres nos han contado? Jehová nos ha desamparado y nos ha entregado en manos de los madianitas.*

Esta contestación del rústico está repleta de excelente buen sentido y prueba que Gedeón ponía en cuarentena los milagros, como pudiera hacerlo un librepensador de nuestros tiempos. Jehová, sin entrar en enojosas explicaciones, le dice, mirándole de hito en hito: *Ve con esta tu fortaleza y salvarás á Israel de mano de los madianitas. ¿NO TE ENVÍO YO?*

Gedeón, desconfiando de su mérito para la alta misión que se lo confiaba, trata de excusarse con su pobreza y nulidad; pero mozo cumplido, trata de obsequiar, según sus facultades, al buen hombre que á la sombra del alcornoque tales grandezas le anunciaba, y entrándose en su choza adereza un cabrito y con unos panetes sin levadura se le ofrece luego al peregrino, no pensando, ni remotamente, que se las había con el propio y eminentísimo señor Jehová, Dios omnipotente, amo absoluto de cielos y tierra, que además de estar en todas partes por esencia, presencia y potencia, estaba entonces junto al alcornoque de Ofra en figura de parlante peregrino.

Estoy seguro que habrá algún volteriano lector que se dispone á reír, viendo á Jehová engullirse el cabrito y tragarse los panecillos. No tanto, amigo, no tanto. Jehová no come, que yo

sépa, en todo el Antiguo Testamento. Lo que hace es mandar poner el cabrito aderezado y los panes en una peña, derramar la salsa, y tocando las viandas con la punta del bastón, evocar una llamarada que las consume.

A vistas de este repetidísimo milagro, Gedeón quedase pasmado al advertir por él que había estado charlando con Dios, y luego comienza á gemir, creyendo, como es de rigor, que sin remedio moriría, pues el que hablaba con Jehová se creía por entonces que irremediamente reventaba, sin duda para que á nadie se lo contase. Sin embargo, Gedeón no muere. Jehová se va en forma de ángel, y en propia persona habla estas palabras: Paz á ti: no tengas temor, no morirás.

*
*
*

Esta historia de Gedeón es muy pesada en el texto, pero mucho. Dispensa, lector, si estas notas lo son también ¡Qué quieres! Para derribar un edificio hay que quitar tantas piedras como pusieron para alzarle, lo mismo las chicas que las grandes. Y si una por una todas las tramoyas, fantasías, ridiculeces, atrocidades y cuentos de estos libros te persuaden á que el Jehová de los judíos es un mito, como Júpiter y Saturno, un Dios fabricado por los hombres de este pueblo soñador y cruel, feliz de tí, que te habrás puesto en condiciones de deducir verdades como puños, en su tiempo y lugar oportunos. No te desespere que yo sea machacón, como el texto hebreo; para subir alto es preciso hacer el andamiaje sólido. Tú y yo debemos imitar á nuestros adversarios. Ellos escudriñan: ¡pues escudriñemos nosotros! No hay más diferencia, sino que á ellos les valen dineros estos estudios, que á nosotros nos le cuestan. Sin embargo, al fin y á la postre hemos de salir ganando, pues bien convencido un hombre de la premisa, asentará la consecuencia, que en materia de economía se re-

duce á echar un nudo á la bolsa, de una vez por todas, para con los ungidos de Jehová. A buen seguro que si ha de vivir el gran rabino de la ley de Moisés de las pesetas que le demos nosotros, después del análisis pacientísimo que hemos hecho del *Pentateuco*, se va á quedar pronto más flaco que un fideo.

Tan pronto como Gedeón sabe á ciencia cierta que puede contar con la protección de Jehová, hace una barrabasada. Sus convecinos daban culto á Baal, cuyo idolo, rodeado de árboles, adoraban en lo alto del monte. Gedeón, sabiendo ya á qué atenerse respecto á teología, sale de noche, á la chita callando de su casa, acompañado de doce gañanes, y hace pedazos á Baal, cortando de paso los árboles del bosquecillo sagrado, con cuya leña arma una hoguera en que tuesta un toro de siete años, de ganadería y señas desconocidas, en honor y gloria de Jehová. Si algún hombre, en punto a religión, ha obrado con cordura, ha sido Geoncito. ¿No le constaba, en efecto, que Jehová era Dios, pues que había con él echado un párrafo? Pues hizo perfectamente en romperle la cabeza á Baal, Dios de chanfaina y embustería.

Como no estaban en autos los abiezeritas, tan pronto como vieron al idolo hecho añicos y los árboles sagrados cenizas, quisieron coger el cielo con las manos: ó mejor dicho, á Gedeón, que tales profanaciones había cometido, para á su vez hacerle pedazos. El padre del profanador, que se llamaba Joas, discurriendo con admirable juicio, viendo aquellos furiosos que buscaban á su Gedeón para apedrearle, les dice: ¡Eh, compadres! ¿qué vais á hacer? ¿No decís que Baal era Dios? Pues si lo es, que él pleitee con mi hijo, y si puede, le mate. En esto conoceréis si es Dios ó es camama, como yo me sospecho. Los abiezeritas conocen que el viejo tiene razón y como Baal no pleiteó con Gedeón, quedó este sano y

salvo, ganó celebridad, y el sobrenombre, mote ó *alias* de Jerobaal.

*
*
*

Hecha esta barrabasada, Jerobaal se atrevió á más, porque *el espíritu de Jehova se encistió en Gedeón*.

Viendo que madianitas, amalecitas y orientales, en número infinito, según la ordinaria gitanesca exageración de la *Biblia*, se disponían á arrasar el país, Gedeón coge un cuerno, y tocando firme reúne á todos sus paisanos los abiezeritas. Manda además mensajeros á las tribus de Aser, Zabulón y Neptali que se le juntan también, y con unos y otros forma un tremendo ejército de 32.000 hombres, lo que debe hacer morir de vergüenza á todos nuestros generales modernos, que para reunir otro tanto con un cuerno y tres mensajeros, se habían de ver y desear, necesitando quintas, tallas, uniformes, administración, etc., mientras que á Gedeón todo esto le sobra.

*
*
*

Antes de entrar en batalla, Gedeón, como hombre prevenido, quiere estar seguro de ganar, para evitar palizas en tonto. Al efecto, en vez de andarse en consultas de arúspices y augures, como acostumbraban á hacer los bobos de los generales romanos, se dirige directamente á Dios para que se lo diga. He aquí cómo procedió este improvisado y cuco general.

«Y Gedeón dijo á Dios: Si has de salvar á Israel por mi mano, como has dicho, he aquí yo pondré un vellón de lana en la era; y si el rocío estuviese en el vellón solamente, quedando seca toda la otra tierra, entonces entenderé que has de salvar á Israel por mi mano, como has dicho.

»Y aconteció así: porque se levantó de mañana, esprimiendo el vellón, sacó de él el rocío, un

vaso lleno de agua.» (Para más milagro, bien podía el vaso haber sido de vino, á mi entender.)

«Mas Gedeón (que, como he dicho, era cuco y no se fiaba así como se quiera de milagros), dijo á Dios: No se encienda tu ira contra mí, si aún hablare esta vez; solamente probaré ahora otra vez con el vellón. Ruégote que la sequedad sea sólo en el vellón y el rocío sobre la tierra. Y aquella noche lo hizo Dios así: porque la sequedad fué sólo en el vellón, y en toda la tierra estuvo el rocío.»

* *

Seguro ya Jerobaal de que vencería, no extrañará el lector que hiciera valentías y ferezas descomunales, ni que viendo tanta gente á su alrededor (recordarás que eran 32.000), despreciasse aquella chusma, que sólo podía contribuir al desprestigio de su victoria. Así, que á la primera revista dice, dirigiéndose al montón: El que tenga miedo, que se largue. Y ¡oh dignidad israelita! se largan 22.000 hombres al primer envite, los cuales imagino yo que llevarían las bragas como las puso Sancho la noche de los batanes.

Quedaban aún 10.000 hombres en el campo, y á Gedeón no se le cocía compartir con tantos la gloria de su segurísimo triunfo. Discurre, pues, dar á la canalla una carrera en dirección á un arroyo. Llegan á las aguas sedientos, y al que *las lamio* como las lame el perro, le guardó; más el que se *encorvó* para beber, le despidió. Yo no acierto á entender la *sindéresis* de esta probatura para distinguir cobardes de valientes; mas el caso fué que sólo *lamieron* 300 hombres, con los cuales el perinclito Gedeón se dispone á desbaratar el ejército de los orientales, tendido en el valle *como langostas en muchedumbre, y sus camellos eran innumerables, como la arena que*

está á la orilla del mar en multitud. (Cap. VII, versículo XII.)

* *

Gedeón, con su criado Fara, baja de noche á espiar el campo enemigo, y oye un sueño que un soldado contaba á otro, por el que conoce (*y van tres*) que vencería. No cuento el sueño, porque es tonto de remate.

Poniendo, pues, luego de tantos preámbulos, manos á la obra de la batalla, Gedeón hace tres escuadrones de su gente. Cada soldado llevaba en la mano izquierda una tea encendida, metida dentro de un cántaro, y en la derecha una bocina. Avanzan sigilosamente, y llegado el terrible momento, rompen los cántaros, tocan las bocinas con brio, y al grito de *la espada de Jehová y de Gedeón*, avanzan denodadamente sobre los enemigos que, espantados de las luces, los cántaros rotos y el estrépito de los cuernos, huyen confundidos, como alma que lleva el diablo.

Espantado estoy de los circunloquios bíblicos para contar uno de los millares de rebates del antiguo arte militar. Los historiadores profanos nos describen muchísimos más hermosa y más hábilmente; porque aquí, la intervención de Jehová quita todo el mérito al valor y la astucia de Gedeón. ¿Proclamo á este valiente, esforzado, astuto, patriota? Pues Jehová pierde otro tanto de lo que gana su general. ¿Doy el mérito á Jehová? Me resulta Gedeón un mamarracho, desconfiado, tocoso y petulante.

* *

Así que han huido los madianitas, vuelven á juntarse á Gedeón los despedidos, cosa rara y que me hace poner en cuarentena lo de la despedida. Entre todos, ahora persiguen al enemigo, y pareciéndole poca la gente aún, el mismo Gedeón, que antes la despedía afrentosamente, suplica á

la tribu de Efraim que corte los vados del Jordán á los madianitas que tratan de transponerle, en cuya operación pierden las cabezas Oreb y Zeeb, cabezas que los efraimitas envían á Gedeón, regalo poco digno de un elegido de Dios misericordioso.

* * *

Dejo á un lado, de propósito, la perrada que á Gedeón hicieron los de Sucoth, la cual castigó nuestro caudillo refregando las espaldas de los ancianos de este pueblo con abrojos del desierto. Ni quiero fijarme en que por su propia mano mató Gedeón á Zeba y Zalna, reyes de Madian. Estas son dos atrocidades que un republicano como yo puede perdonarle, en atención á que, habiéndole instigado los israelitas á proclamarse rey, Gedeón responde: *No seré señor sobre vosotros, ni mi hijo os señoreará. Jehová será vuestro Señor.* Lo que nadie puede perdonarle á Jerobaal es que, después de haber parraseado con Jehová en persona, que le había hecho hombre, sacándole á general desde aechador de trigo, cayese, como cayó, en la idolatría, haciendo con los zarzillos de oro arrancados de las orejas de los madianitas, un efod ó idolo, que colocó en su casa en Ofra, tras el cual, como dice el libro, *todo Israel fornicó.* En esta historia hebrea cada paso es un gazapo; los mismos elegidos de Jehová son los primeros en burlar sus leyes, que no parecen reveladas con otro objeto que el de darse Jehová el gustazo de ver que de ellas hacían el mismo caso que de las coplas de Calainos.

Ni pueden tampoco dispensarse á Gedeón las costumbres, que resumen estas palabras del texto:—«y tuvo 70 hijos que salieron de su muslo: porque tuvo muchas mujeres.» «Y su concubina, que estaba en Sichein, también le parió un hijo, y púsole por nombre Abimelech.» Muchas mujeres, y de contera una concubina... ¡Pero, señor,

estos patriarcas y jueces de la *Biblia* más parecen mormones ó sultanes turcos que judíos adoc-trinados por Moisés en la ley de Jehová! No puedo creer; no, que Gedeón, el del efod y el de las muchas mujeres, fuese uno de los justos que desde el seno de Abraham llevó Jesucristo al cielo, en el tiempo que estuvo ó parece que estuvo (porque en realidad, y en sana teología no estuvo) en el sepulcro.

Sin embargo, mientras vivió Gedeón las cosas de Israel dice la *Biblia* que fueron tal cual. Mas apenas cerró los ojos, volvieron á los Baales, que debían parecerles de mieles, cuando tan poco tiempo se podían pasar sin ellos. Consecuencia lógica: Baal y Jehová andaban por estos días en competencia, y Baal... triunfaba, con gran contentamiento del infierno, de que fué un proveedor tan activo como inteligente y celoso.

XXXII

De tal palo, tal astilla. Así se titula una novela del santanderino escritor José Pereda, notable como todas las suyas por lo castizo y bello del estilo, en la cual, de un médico sabio, se hace salir un librepensador tonto de remate, que tras de hacer muchas bobadas por una muchacha, concluye por suicidarse, que, de todas las tonterías humanas, es la tontería mayor. Pereda, es claro, como buen carcunda literario, al hacer que el librepensador ateneísta se pegue un tiro, lo que procura es, no ciertamente matar á un tonto por el delito de haberle retratado de este temperamento encefálico, sino hacer *odioso* á sus lectores el librepensamiento, poniendo el suicidio como única solución al galimatías en que se mete todo el que se atreve á dudar de la *monserga* aquélla del perinclito García Ruiz y de la resurrección de los difuntos con los mismos cuerpos y almas que tuvieron, según reza el *Credo*.

Yo no sé lo que habrá pensado acerca de su libro Pereda, cuando haya sabido que todo un príncipe de la Iglesia, el honorable arzobispo de Praga (que no era personaje de novela montañesa, sino sanguijuela del presupuesto del culto y clero del imperio austro-húngaro) no tuvo hace meses más ingenio para desatar el lío de sus negocios, que el suicidio, á que, para salir del lío de sus amores, apeló su engendro librepensador.

Lo que sí sé es que *de tal palo tal astilla* podría titularse, sin inconveniente alguno, la historia de Abimelech, hijo de Gedeón y de su concubina sichecita, la cual, á pesar de ser diablesca, nos cuenta el capítulo IX de este sagrado libro de los jueces que vamos anotando.

* *

Este mozo Abimelech, como la mayor parte los bastardos, tenía atravesados á sus 70 hermanos, no diré legítimos, porque no sería cierto, y á quienes en la imposibilidad de llamar así, denominaré regulares, ó de madres *tal cualejas*. Llevando á mal que á Israel le gobernase aquel montón de hermanos que su buen padre Jerobaal le había suministrado, preséntase en Sicheim, habla á sus paisanos y parientes, los seduce con bonitas palabras, y los sicheimitas le prestan 70 *siclos de plata*, sacados del templo de Baalberith (¿eh?). Con este dinero arma una caterva de perdidos y desocupados, se dirige á Ofra, coge á sus 70 hermanitos, y sobre una misma piedra los degüella á todos. Sálvase uno, para que el cuento sea más interesante, y la cuenta, como todas las de la *Biblia*, errada. Porque discurro yo que Gedeón no tuvo los setenta hijos que se dijeron más atrás, sino setenta y dos, pues siendo setenta los degollados, todavía quedan Abimelech y Joatham, que así se llamaba el que se salvó de la degollina.

El ser los hijos setenta y Joatham el más pe-

queño, son dos particularidades tan casuales, que me huele esto á leyenda de media legua. Me afirma en este mal pensamiento, completamente herético, el que pareciendo regular que Joatham pusiese en el acto pies en polvorosa, sucede todo lo contrario. Así que este muchacho sabe que, gracias á los setenta fratricidios, Abimelech acaba de ser elegido rey, Joatham aparece en lo alto de un monte, hablando á toda la chusma electora de su hermano. Hablar desde lo alto de un monte á un ejército parece cosa imposible, aun teniendo pulmones de becerro, cuanto más de hombre; pero así lo dice el santo libro revelado, y hay que creerlo, so pena de condenación eterna.

Como hay que creer igualmente que lo que habló fué lo siguiente, que no deja de tener ingenio, y más parece fábula que discurso.

* *

Habla Joatham. Atención, señores monárquicos, que la perorata va con vosotros:

«Fueron los árboles á elegir rey sobre sí, y dijeron á la oliva: Reina sobre nosotros. Mas la oliva respondió: ¿Tengo yo de dejar mi pingüe jugo, por el que por mi causa Dios y los hombres son honrados, por ir á ser grande entre los árboles?»

«Y dijeron los árboles á la higuera: Anda tú, reina sobre nosotros. Y respondió la higuera: ¿Tengo de dejar mi dulzura y mi buen fruto, por ir á ser grande entre los árboles?»

«Dijeron luego los árboles á la vid: Pues ven tú, reina sobre nosotros. Y la vid les respondió: ¿Tengo de dejar mi mosto, que alegra á Dios y á los hombres (*mu ho saber es esto, que Dios se alegra con el vino: ¡vaya un renunció en que cogemos al señor Jehová!*), por ir á ser grande entre los árboles?»

«Dijeron entonces todos los árboles al escara-

mujo: Anda tñ, reina sobre nosotros. Y el escaramujo respondió á los árboles: Si en verdad me elegís por rey sobre vosotros, venid y asegurados debajo de mi sombra; y sino, fuego salga del escaramujo que devore los cedros del Líbano.»

Como se ve, Joatham tiraba á la tetilla á su hermano, comparándole al escaramujo, y burlándose sin piedad de aquella realeza que había conquistado con la degollina de Ofra. Abimelech presumo yo que, si oyó el cuento, se pondría hecho un basilisco. Pero Joatham toma las de Villadiego, sin novedad en su importante salud, y para no volver jamás á aparecer en escena, ni en el monte desde cuya cima habló, ni en ninguna otra parte.

*
* *

En fin, que Abimelech reinó tranquilamente tres años sobre los israelitas. Pero como el oficio de rey, principalmente en la antigüedad, estaba lleno de quiebras y torceduras, Abimelech, al cabo del trienio pasa las de Caín, á causa de la sublevación de los propios sichemitas que le habían hecho rey; lo que demuestra que esta gente era mudable, revolucionaria, y digna por ende de un Gobierno fuerte y contundente como el que felizmente nos rige á los españoles del día de la fecha, en que Cánovas hace de monstruo, y Pidal oficia de monaguillo ilustrado. No era manco Abimelech, como no lo son para el caso de las sublevaciones estos dos referidos señores (á cuya merecida fama, como demócrata agradecido, contribuyo en mi modestísima esfera, encuadrándoles en estas NOTAS al lado del rey Abimelech y del apologista Joatham), pues cayendo sobre Sicheim con su ejército, tras varios trances, la toma y la arrasa.

Tomada la revolucionaria Sicheim, que venía á ser la Barcelona de los hebreos de entonces,

Abimelech se dirigió con su ejército á Thebes, sublevada también. Había en medio de Thebes una torre, donde, yendo las cosas mal, se refugiaron todos los que tenían algo que perder, para resistir el ímpetu del rey. Mas éste, mozo de hígados, proponiéndose achicharrarlos, acude, dando ejemplo, á prender fuego á la torre. Una mujer le tira desde lo alto un pedazo de rueda de molino, y le quebranta la sesera. Abimelech, lleno de reconcomio porque le matase una mujer, llama á su escudero y le manda que le dé una estocada. Lo hace así el muchacho, y Abimelech paga todas las que hizo, que fueron muchas.

Historia moral, auténtica, instructiva, inspirada á no se sabe quién por el Espíritu Santo y contada por menudo en la *Santa Biblia* para edificación de pasados, presentes y venideros, y esplendor del excelso y omnipotente Jehová, que en todo este capítulo brilla por su ausencia, dejando que los suyos se las arreglasen con Baalberith (que fué el Dios que dió el dinero á Abimelech) como tuviera por conveniente.

XXXIII

Tras de Abimelech gobernó Tola veintitres años. Nada hizo. Pasemos adelante. Es lo que pudiéramos llamar un juez cronológico.

Después de Tola *se levantó* Jair por veintidos años. «Este (textual) tuvo treinta hijos que cabalgaban sobre treinta asnos, y tenían treinta villas.»—Y se murio.—¿No te viene á la memoria, lector amable, el cuentecillo aquel de: *Erase un rey que tenía tres hijas, que metió en tres botijas; colorin colorao, este cuento se ha acabao?*

*
* *

Capítulo X. Versículo VI.—«Mas los hijos de Israel tornaron á hacer lo malo en los ojos de

Jehová, y sirvieron á los Baales, á Astaroth, y á los dioses de Siria, y á los dioses de Sidon, y á los dioses de Moab, y á los dioses de los hijos de Ammon, y á los dioses de los filisteos (*¡eche usted dioses, compadre!*), y dejaron á Jehová y no le sirvieron. Y Jehová se airó contra Israel, y vendiólos en manos de los filisteos y en manos de los hijos de Ammon, los cuales molieron y quebrantaron á los hijos de Israel en aquel tiempo diez y ocho años.»

No diez y ocho años, sino por toda la eternidad los hubiera yo *molido y quebrantado*, en lugar del omnipotente Jehová. ¡Pues mala canalla que estaba la tal casa de Israel para tener de ella piedad! ¡A un Dios que los había sacado de Egipto después de tantísimos apuros, que había por ellos partido las aguas del mar Rojo, dando al traste con todas las leyes de equilibrio de los líquidos, que había en favor de ellos parado el sol y la luna con peligro inminente de que se llevase la trampa todo el sistema planetario; que dejando el alto firmamento había bajado hecho un sucio y resudado peregrino al alcornoque de Ofra para hablar con Gedeón, que últimamente les había suscitado un juez de treinta hijos, que montaban en treinta borricos, á un Dios, en fin, tan bonito, tan bueno y tan barato como Jehová, dejarle por los indignos y asquerosos Baales, por el nauseabundo Astaroth y por el infame Ammon! ¡Vamos! Había para sentarles la mano de modo y manera que nunca jamás pudieran volver hacer perrada semejante.

Pero ¡ya se ve! ¡Jehová era tan bonachón! ¡Se contentaba con tan poca cosa!... Lo mismo es verlos cariacontecidos y con las espaldas acardenaladas y clamando á él, que no sólo los perdona, sino que les suscita un salvador.

*
* *

El de esta vez era hombre de chapa. Llamá-

base Jefté. Era hijo de nadie, quiero decir, que había nacido de una ramera. Sin embargo, el libro dice—y hay que creerle más que á mí—que su padre se llamaba Galaad (nombre de una de las tribus), y que sus hermanos le arrojaron de casa por bastardo. Sea de ello lo que quiera, que estas cosas de la paternidad no hay por qué ahondarlas, el caso fué que Jefté se hizo bandido.

Diéronle sus fazañas en tierra de Tob no menos nombre que las suyas allá por Sevilla y Cádiz á nuestro José María. Y cuando los ammonitas invadieron el país, los hebreos, no teniendo mejor caudillo de que echar mano, decidieron ir á suplicar al bandido que fuese su príncipe. Jefté, hombre escamón, se asegura de que no hay en la proposición asechanza, y una vez convencido de ello, acepta, pasando de la noche á la mañana de proscrito á príncipe, y de capitán de bandoleros á oráculo de Jehová y caudillo de sus ejércitos; cosas que, aunque extrañas, me explico fácilmente, por no haber todavía organizado un general Narvaez hebreo la guardia civil en aquellos días.

No le vino ancho el puesto á Jefté. En una negociación diplomática que entabló con el rey de los ammonitas, dió muestras de no menos habilidad y talento que dió D. Antonio Cánovas del Castillo años atrás en su trato con el sultán de Marruecos. Empero la fortuna no le ayudó (como al monstruo de la edad presente), pues las negociaciones acabaron como el rosario de la aurora, es decir, á linternazos que hubo entre hebreos y ammonitas.

Pagaron éstos los vidrios que se rompieron, como era justo, pues ellos tenían la culpa toda entera de la guerra.

*
* *

Hasta aquí, esta historia de de Jefté no tiene

de extraordinario sino la longanimidad y mansedumbre con que Jehová recibe por profeta y revelador de sus oráculos á un bandolero. A pesar de esto, aún podría pasar esta biblica narración, si se la cortara el rabo, como á los perros de aguas. Porque es de saber que de todas las barrabasadas autorizadas por Jehová en la *Santa Biblia*, la más descomunal es la que hizo Jefté al volver de la guerra de los ammonitas. Atención; abre ojos y oídos de par en par, lector querido, porque vas á oír una salvajada mayúscula, y vas á ver á Jehová, no por la espalda y sobre un embaldosado de zafiro como en Oreb sino de frente y puesto el pie sobre el ensangrentado pecho de una inocente y desdichada virgen.

Fué el caso que Jefté, al ir á la guerra, hizo juramento á Jehová de que, si le sacaba de ella vencedor, le sacrificaría la primera persona que saliera á recibirle cuando volviera á su casa. Triunfa, y al entrar en Mispa, donde vivía, he aquí que su hija *única*, la *sola* que tenía, sale á recibirle alegre, tocando y bailando. Jefté se lamenta, la dice lo que hay, la joven se aviene humildemente á que su padre la degüelle, y después de hacer una escurribanda de dos meses por montes y valles con otros de su calaña, Jefté cumple su impío y nefando voto, cuya conmemoración sirvió de pretexto en Israel á las doncellas para una *juerguecita* de cuatro días al año, de que es de presumir no tornarían todas como su nombre indica que debieron de ir.

¡Esto de aceptar Jehová la sangre de una inocente muchacha, no lo paso ¡vive Dios!, suceda lo que suceda! La Ifigenia griega, sacrificada á un Dios de bambolla y pura fantasía, la admito; pero esto de que Jehová se alimente de sangre humana es tan desprestigioso, que... ni yo mismo podía haber discurrido cosa mejor á mi propósito. ¡Oh *Santa Biblia!* ¡Quién te espurgó, que tal disparate dejó! ¡No habría manera, se-

ñores teólogos, de que se hiciera desaparecer este maldecido capítulo XII de los *Jueces*? Porque si no se da por falso, resulta Jehová un Dios como Júpiter, ó quizá una copia ramplona de éste, porque cualquiera que después de leer el sacrificio de Ifigenia pasa la vista por éste de la hija de Jefté, que ni aun nombre tiene, pensará que está viendo un tapiz flamenco por el revés, en que el dibujo se halla estropeado por los hilachos.

*
*
*

A propósito de la hija de Jefté, cuatro palabras para concluir.

Representóse no ha muchos años una ópera de este nombre en el teatro Real de Madrid. Tiene la ópera un acto, y llamó la atención por ser de un compositor español. En una mesa de café, un grupo de amigos hacía á las altas horas de la mañana conversación de la opereta, cuando sobreviniendo otro, preguntó al que en el teatro había estado:

—¿Qué es eso de *La hija de Jefté*?

El interpelado, hombre de gracejo, y que había desempeñado un alto puesto militar, replicó:

—¿No sabe usted, de verdad, lo que es la hija de Jefté?

—No por cierto. Cuénteme usted el argumento que contiene ese nombre enrevesado.

—Nada más sencillo. Oiga usted. Me hallaba yo hace años en Z., cuando tuve que intervenir en la causa siguiente. Estaban varios baturros bebiendo en una taberna, cuando entró otro de la trinca, que por acaso traía una gran cachiporra, que le servía de bastón. Pusiéronse todos á admirar el palo y cada uno hizo su elogio de la terrible cachiporra, elogios que llenaron de orgullo á su propietario y le hicieron beber más escudillas que de ordinario. Tras el coro de alabanzas vino el de condolencias, porque aquella famosa cachi-

porra no se hubiera estrenado. Entre escudillas de vino y lamentaciones por la virginidad de la cachiporra, sobrevino un luminoso pensamiento á no se sabe cual de los baturros, pensamiento que se reducía á avalorar el mérito de la cachiporra, rompiendo en el acto con ella la cabeza de cualquiera. Después de no largos razonamientos, acordóse que el cualquiera preferido debía ser el primero que doblara la esquina inmediata; y no cediendo á nadie el propietario de la cachiporra el alto honor de estrenarla, á los pocos minutos, liado en su manta y observado á la vez que envidiado por sus compañeros, cachiporra en ristre, se hallaba en la esquina esperando muy apuestamente al designado por la divina Providencia para el cachiporril sacrificio. La Providencia, siempre pródiga, sabia y deferente con los buenos, dirigía en aquel entonces á buen paso hacia su casa á un laborioso zapatero, padre de cinco hijos, viudo, hacendoso, que llevaba la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, deleitándose en acariciar cincuenta y dos reales que acababa de cobrar por un par de botinas en que había trabajado como un negro un día entero, de sol á sol. Como á este hombre le sobraban cuidados y afanes que le traían revuelto el seso, Dios, sin cuyo permiso no se mueve la hoja del árbol, consintió que al doblar la calle, la cachiporra consabida le abriera la cabeza por mitad, dando salida de una vez para siempre á enojosos cálculos y tristes presentimientos. Cayó el infeliz zapatero sin decir ¡Jesús!, y acercáronse los baturros á examinar la ya probada cachiporra, en que el golpe no había hecho mella alguna. Después contemplaron al difunto, y en honor suyo ha de decirse que sintieron profunda compasión al reconocer que era un amigo de todos ellos.

—¡Pobrecillo!—dijeron—¿A qué demonche ha pasado por aquí?

Pero ese bárbaro cuento, ¿qué tiene que ver con la hija de Jefte, señor B.?

—¿Qué tiene que ver? ¡Pues ahí es nada! ¿No quería usted saber cuál era el argumento de esta ópera? Pues ya le conoce usted. La hija de Jefte es el zapatero de mi cuento, y el de la cachiporra se parece como un huevo á otro huevo al susodicho juez israelista.

Antes de morir, aún hizo Jefte otra grandísima atrocidad, que fué degollar 42.000 efrateos, lo que me parece un rebaño humano muy regularcito. Estos efrateos no habían cometido otro crimen que insurreccionarse contra la autoridad que, por tan extraños medios y desusados caminos, había el cielo puesto en manos del ex bandolero Jefte, que, una vez desbaratados los efrateos, acudió para rematarlos á una estratagemata puramente de bandido. Y fué la siguiente, que no me dejará mentir: Como al huir los efrateos forzosamente habían de pasar el Jordán, Jefte toma los vados del famoso río, y cuando llegan á ellos los infelices vencidos de Efrain, se ven cogidos y atentamente examinados. Muchos quisieron negar su tribu para librarse de la muerte; pero los feroces sicarios de Jefte los obligaron á decir la palabra *Shibolet*, que ningún efrateo pronunciaba del mismo modo que los galaaditas. Por la pronunciación reconocían la patria, y sin más averiguaciones los degollaban.

¡Y pensar que degolladores y degollados, efrateos y galaaditas, eran de los elegidos del alto Jehová, que por ahora andaba á buenas con todos!

Después de Jefte, que gobernó seis años, juzgó á Israel un tal Ibzan, «el cual tuvo treinta hijos y treinta hijas, las cuales casó fuera, y tomó de fuera treinta hijas para sus hijos:» hombre que me imagino no debió tener tiempo sino para pensar en sus negocios domésticos. Después de Ibzan, seis años, gobernó Elon por diez